

nes de género. La incapacidad de reformas políticas económicas recientes en Ecuador para crear empleos estables y la débil protección social significa que los hogares vulnerables enfrentan riesgos que están ligados al mercado e inseguridades que acompañan los períodos de desregularización y liberalización del mercado. Esto significa que muchos hombres y mujeres microempresarios, así como con las pequeñas y medianas empresas, enfrentan un alto nivel de inestabilidad de sus ingresos, por lo que incrementa su necesidad de solventar el consumo y, por lo tanto, su demanda de crédito para cubrir el sustento y mantenimiento del hogar. Dado el rol social de las mujeres y la desigualdad en la división del trabajo, las mujeres empresarias tienden a interiorizar estas necesidades que compiten con las necesidades de crédito de sus empresas, por lo que la productividad de sus negocios se mantiene baja.

Hugo Jácome acierta al afirmar que el microcrédito por sí sólo no puede reducir la pobreza, tampoco puede por sí sólo dar empoderamiento a las mujeres. El rol y el impacto del microcrédito necesitan ser vistos dentro del contexto de las políticas macroeconómicas y las estrategias de desarrollo que condujeron a un aumento de empleos informales. Como lo señala Hugo Jácome, es necesario desarrollar políticas sociales y macroeconómicas más integradas, que apoyen los objetivos de microfinanzas ofreciendo un ambiente de protección social y de estabilidad laboral. Esto es un llamado para los creadores de políticas, investigadores, donantes y organizaciones comunitarias para que colaboren juntos al enfrentar este valioso reto.

María S. Floro

Profesora Asociada, Vassar College, New York University y American University.



Susana Andrade

Protestantismo indígena

Flacso-Ecuador - Abya-yala, Quito, 2004

La expansión del protestantismo en los países de América Latina es un hecho muy notorio, tanto por el porcentaje de los conversos como por la rapidez del avance. Lo que llama la atención es que comunidades comúnmente consideradas como tradicionalistas y apegadas a sus costumbres ancestrales, como las indígenas, hayan sido las más afectadas por el fenómeno.

Susana Andrade analiza este problema centrando su atención en la zona central del Ecuador, la Provincia del Chimborazo y, especialmente, en el Cantón Colta. Obviamente una de las primeras preguntas que ella se plantea es la siguiente: ¿por qué los indios se hacen protestantes? Procediendo con mucha seriedad en el análisis de los hechos, ella llega a relativizar mucho de la teoría corriente, llamada de la "Conspiración". Se trata de un punto de vista muy difundido: desde que la Iglesia Católica Latinoamericana se distanció de los poderes políticos y se convirtió en crítica severa de los mismos, ésta habría dejado de ser una garante confiable del orden constituido. Desde entonces los Estados Unidos habrían hecho lo imposible para debilitarla,

dividiendo las comunidades y creando enfrentamientos religiosos, a través de las nuevas iglesias y las llamadas sectas.

Susana Andrade analiza la teoría, pero pone de relieve otros elementos que habrían actuado más en profundidad. Primero: los evangélicos supieron presentar la conversión como una ruptura con un pasado en que la Iglesia Católica había jugado un papel fundamental en la justificación del sometimiento colonial y, a través de las haciendas, había participado directamente en la explotación de los indígenas. Hacerse evangélico se convertía entonces en el camino para entrar a la modernidad, a una vida digna y libre de costumbres esclavizantes, como la borrachera, la afición a las fiestas, el maltrato a las mujeres.

De acuerdo al estudio, el segundo elemento importante que explica el rápido difundirse del protestantismo es su manera de proceder en la organización y administración de la iglesia. El centralismo católico, con su rígido control sobre la doctrina y su interminable sistema de preparación de los sacerdotes, hace casi imposible que un indígena llegue a ocupar puestos de decisión en la estructura eclesial. En cambio, las iglesias protestantes permitieron que en poquísimo tiempo los mismos indígenas obtuvieran el liderazgo, volviéndose prácticamente autónomos de intromisiones externas.

Una parte importante del libro (capítulo II) estudia el papel que tuvo Monseñor Leonidas Proaño en la diócesis de Riobamba, entre los años cincuenta y ochenta del siglo pasado. Susana Andrade no es la primera en hacer notar que nadie puede negar el empeño del Obispo en proponer la elevación del indio, pero su fuerte personalidad y el radicalismo de sus posiciones crearon divisiones en los cuadros pastorales, debilitando notablemente la eficacia de las intervenciones. Intervino además otro factor de mucho peso: Monseñor Proaño era un factor de la Teología de la Liberación, que propugna un esfuerzo comunitario para cambiar las estructuras de opresión. Este planteamiento resulta eficaz si cuenta con tiempos muy largos, mucho de-

sinterés y empeño constante.

La que proponen en cambio los evangélicos es la llamada Teología de Prosperidad, más centrada en la búsqueda del éxito personal, visto como signo tangible de la bendición de Dios. No se puede negar que los evangélicos hayan cosechado resultados positivos tanto con los indígenas que nunca abandonaron la Provincia de Chimborazo, como entre los que migraron a Quito, a la Costa, a Colombia o a Venezuela. Pero Susana Andrade hace notar que, detrás del éxito, siempre acecha el peligro y un triunfo puede contener el germen de una derrota. Los pastores que se empeñaron tanto en congregar a la gente para la lectura de la Palabra de Dios hoy se quejan de que los prósperos comerciantes y otros feligreses tocados por la bendición divina ya no tienen tiempo para participar en el culto a causa de los negocios y los crecientes compromisos, y se vuelven consumistas como todo el mundo.

Lamentablemente el libro deja fuera de su análisis la última década que se caracteriza por la irrupción de los indígenas en la esfera de la política.

P. Juan Bottasso S.D.B